

dos se aparejaron aquella tarde y noche lo mejor que pudieron, con confesiones y otras muestras y señales de contrición, ocupándose, en especial los religiosos, en oraciones y plegarias á Dios y á sus Santos como negocio que tanto importaba: lo que más sentían los frailes, y más los congojaba, era morir sin recibir el Santísimo Sacramento del altar, y en tal lugar y en tal sazón, que necesariamente se había de pasar mucho tiempo antes que se supiese su muerte, y aun esta se había de venir á saber por conjeturas, porque si la barca allí se perdiera, ninguno escapara para poderlo decir, sino fuera por milagro, y así muy tarde les dijera las misas y sufragios que se dicen en la orden por los frailes que mueren: el padre Comisario, desde la cama, donde iba enfermo, los animaba á todos, diciendo que no perecerían si tuviesen confianza en Dios y en su Madre Santísima, y verdadero dolor de las culpas pasadas, con propósito firme de enmendar la vida y hacer libro nuevo. Con estos sobresaltos, y metidos en peligro tan grande y manifiesto, caminaron lo restante del día; llegó la noche, tenebrosa y triste, que no poco desconsuelo causó á todos, porque estaba el cielo muy nublado y hacía un viento muy recio, que de cuando en cuando soplaba con tanto ímpetu, que parecía ser ayudado de los demonios, pero pudo Dios más que ellos, y favoreció y guardó toda aquella gente por su misericordia y por las oraciones de sus siervos; ninguno de los religiosos pudo comer ni beber cosa ninguna, ni dormir en toda aquella noche, así por el peligro en que estaban, como por estar todos hechos una sopa de agua de la mar, y de la que aquella noche les enviaron aquellos nublados, todo fué velar y orar, y encomendarse á Dios, aparejándose para la

muerte, que tan vecina estaba; los marineros, que habían varonilmente trabajado, mudaron sus ropas y tomaron refección, y, repartidos los oficios y velas conforme al tiempo y á la necesidad que había, descansaron algún tanto, que lo habían menester muy bien. Caminó la barca toda aquella noche, como dicho es, con solo el trinquetillo, y daba de cuando en cuando tan terribles vaivenes, que les parecía á los que en ella iban, que cada uno bastaba para zozobrarla; pero de todo los libró el Señor, y fué servido de enviarles su luz y claridad el martes de Carnestolendas, primero de Marzo, con que quedaron contentísimos y muy consolados, pareciéndoles que salían de una oscura y tenebrosa cárcel y que ya no había de que temer, pues Dios estaba con ellos en su ayuda y defensa, como claramente lo habían visto.

Fué tan brava y nunca vista aquella tormenta y tempestad, y fueron tantas las angustias, tribulaciones y miedos que cada uno sintió y padeció aquella tarde y noche, que muy mal se puede dar á entender con palabras, mejor es dejarlo todo á la consideración y que se sienta en lo interior del alma; los que se han visto en semejantes trances bien creeran todo esto, y aun podrían decir algo dello. Uno de los marineros, hombre de bien y muy cristiano, portugués de nación, dijo después al padre Comisario que al tiempo que vino aquella tempestad y las velas se hacían pedazos, vido, en el conves de la barca, unos hombres que él no conoció, los cuales se les ponían delante y les estorbaban que no acudiesen á poner remedio, y que creyó que eran los demonios; otro marinero asimesmo portugués, muy callado y de buena vida, que ayunaba todos los viernes

á pan y agua, y con esto decia hallarse muy recio y valiente, perdió aquella noche la habla, y estuvo sin ella dos ó tres horas, de un golpe que le dió una beta ó triza, este dijo despues á un amigo suyo, y aquel á otros y despues se publicó, que habia visto á la Virgen María en la popa de la barca, y todos creyeron que ella los habia ayudado en aquella afliccion.

Luego como amaneció el martes de antruejo, primero de Marzo, dieron órden los de la barca como repararla del mal y daño que habia recibido, que no era pequeño, y fortificarla contra otra tempestad que podia venir y de que se temian, y así del medio trinquete y de la cebadera y de la boneta de la vela mayor (que todo esto habia quedado) hicieron otra vela mayor, aunque muy pequeña y remendada, con la cual y con el trinquetillo, vela de gabia y mesana, todo pequeño y viejo y lleno de remiendos, llegaron, favoreciéndolos Dios, á la Habana, como adelante se dirá: á la jarcia del árbol mayor echaron una jareta, con la cual quedó fortificado para que no le echase abajo algun otro viento recio, como el pasado, y desta manera prosiguieron su navegacion con viento Norte hasta la tarde que calmó, y duró la calma hasta otro dia á medio dia.

Miércoles de la ceniza, dos de Marzo, ventó Sur, con el cual caminó la barca la vuelta de la Florida, hasta el viernes siguiente en la tarde, que calmó; no pudo el piloto tomar sonda, ni saber en que parage ni en que altura estaba, duró la calma hasta mas de media noche, y luego volvió á ventar el mismo Sur, con que fué subiéndolo hácia el Norte hasta el sábado en la tarde, cinco de Marzo, que tornó á calmar un poco, y tomada la sonda se halló en cincuenta brazas de fondo, y en mas

altura que era menester, por lo cual viró para atras y caminó así toda aquella noche.

*De dos grandes peligros en que se vió la barca en que iba el padre Comisario, y de como al fin llegó á la Habana.*

Domingo por la mañana, seis de Marzo, amaneció un dia muy triste nublado y tempestuoso, con que puso á los de la barca en grandísimo temor, como iban tan hostigados y amedrentados de la tormenta pasada que aun no se les habia olvidado; amainaron con tiempo las velas, y dejaron pasar un viento recisimo y muchos aguaceros, llegó la noche y comenzó á abonanzar el tiempo, y con esta ocasion viraron la vuelta de la Habana, porque le pareció al piloto que era ya tiempo de hacerlo así.

Lunes siete de Marzo largó el buen tiempo que llevaba la barca, y navegó con él todo aquel dia, y pensando el piloto que ya todos los peligros y trabajos quedaban por popa y que estaba muy cerca de la tierra de la Habana, se hizo aquella tarde la barba y con él otros algunos, teniendo por cosa cierta que aquella noche habian de dar sobre el puerto, y que otro dia por la mañana le tomarian; y como el piloto tenia fijado y asentado esto en su pensamiento é imaginacion, aunque á la tarde se comenzó á ver agua de fondo, muy elara y patentemente porque era blanquisca, lo cual causó admiracion muy grande á todos los marineros y les hizo desconocer el parage, y ellos y los pasajeros quisieran

que se tomara sonda, nunca el piloto advirtió esto que era tan necesario, porque (como él despues confesó) iba entre sí dando traza de como y á donde habia de tomar puerto, con la confianza que tenia de que estaba ya muy cerca; pero, para hacerle de allí adelante más cuidadoso en negocio de tanta importancia, y ménos confiado de su ciencia y saber, permitió Dios que (por descuido) se viesen los de la barca en otro peligro tan grande como el pasado, aunque diferente, y pasó así: yendo navegando desta manera, por agua de fondo, con mucho desgusto y desgracia de los marineros de ver el descuido del piloto, ya que habia anochecido advirtió uno dellos, y dió voces, diciendo que se perdian y que iban á dar en tierra; miraron todos en ello, y, aunque llenos de temor y sobresalto, vieron con la claridad de la luna que iban á dar en una isleta, la cual estaba tan cerca que á descuidarse un credo, ménos que cantado, se perdieran todos. Visto el peligro viraron de presto la vuelta de la mar y, tomando la sonda, se hallaron en dos brazas y media de agua, que á no ser la barca tan chata, allí se quedara; huyendo de aquella isla, como los marineros iban ya sobre aviso, fueron descubriendo algunas otras y montaron dos ó tres dellas, y por ser de noche y negocio muy peligroso ir así por entre islas, y en parte que no se acababa de conocer, mandó el piloto dar fondo; diéronle con ambas anclas, por estar mas seguros. Pasaron toda aquella noche sin dormir, con grandísimos temores y miedos, porque por una parte el viento era recísimo y hacia dar á la barca grandes vaivenes, y á faltar los cabres, que eran viejos y medio podridos, sin remedio ninguno se habia de perder la barca y todos los que en ella iban, por otra parte sospechaban lo que era

cierto, que estaban cerca de la tierra de la Florida, de indios caribes, y que si los sentian vendrian luego á matarlos y comérselos; y hallaran poca resistencia, porque, aunque llevaba la barca dos tirillos y tres ó cuatro arcabuces, no habia balas ni aun pólvora, sino muy poca. Todo los puso en nuevo cuidado, y les quitó el sueño, pero acudieron á Dios tomando por intercesora á su madre sacratísima, la Virgen María, prometiéndola que si los libraba de aquel peligro, ayunarian por todo un año, á pan y agua, las vigalias de las fiestas; socorriólos el Señor y no permitió que faltasen las amarras, y así se sustentó la barca hasta la mañana.

Martes ocho de Marzo venido el dia, vieron una infinidad de islas, casi todas montuosas, llenas de árboles muy altos; imaginó el piloto que eran las Tortugas, que son unas isletas muy nombradas, que están junto á la tierra de la Florida, que los pilotos de aquella carrera van á reconocer cuando van á la Habana, para desde allí dar la vuelta con Norte para la mesma Habana, y con esta imaginacion, que tal era porque las Tortugas quedaban á la mano derecha, habiendo de quedar á la izquierda para ir bien, aunque le aconsejaban que volviese atrás, no aprovechó con él, porque dijo que era el viento contrario, sino determinó de montar todas aquellas islas, diciendo que montadas todas darian en el mar ancho, cerca de la Habana. Púsose por obra su designio é imaginacion, y fué la barca corriendo todo aquel dia con largo viento, montando islas sin número porque cuando parecia que no quedaba ninguna, entónces se descubrian otras, y despues otras y otras, de suerte que vino á desengañarse el piloto y entender que no eran aquellas las Tortugas, y confesar que no conocia

aquella tierra, y que el descuido que él habia tenido el dia antes, en no tomar sonda, habia sido la causa total de la perdicion de todos; y con esta pena y desabrimiento, se turbó y cegó de tal suerte, que no acertaba á regir la barca, unas veces hacia virar para atrás, diciendo que no iban bien, otras que pasasen adelante, imaginando que habia de hallar por allí salida entre aquellas islas, otras hacia virar para una dellas en la cual pensaba varar la barca, y que aunque ella se perudiese, se salvase la gente, y en comenzando á hacer algo desto los marineros, luego mudaba parecer y les mandaba otra cosa; con lo cual, ellos y la demas gente de la barca estaban por una parte muy turbados, y por otra no poco indignados contra el piloto, viendo que los hacia trabajar en valde, y que de todo habia sido causa su descuido, como queda dicho. Acudian al padre Comisario y á los demas religiosos á consolarse, y parecíale esto al piloto como á la muerte; no podia ver con paciencia que se juntasen aunque no fuesen sino dos, porque luego pensaba que hablaban y murmuraban dél y desta manera y con esta turbacion, iba la barca corriendo y montando islas, pensando algunos que por allí habian de salir á la canal de Bahama. Pero íbase mal aliñando, porque mientras mas adelante pasaban mas iba disminuyendo el agua, hasta que á las tres y media de la tarde se hallaron en braza y media, metidos entre muchas de aquellas islas, y muy cerca de unos placeles ó arenales, y les fué forzoso dar fondo y aun casi quedó la barca sentada en el suelo. Puestos todos en este peligro tan grande, conociendo el piloto el yerro tan notable que habia hecho en no tomar sonda el dia antes, y afrontado de ver que por su culpa y descuido se habian meti-

do en aquella angostura, estaba el pobre muy triste y sin consuelo y medio desesperado sin querer hablar con nadie, ni comer, ni reposar, aunque no habia dormido aquella noche, ni descansado aquel dia, porque siempre habia venido con la sonda en la mano escarmentado de la tarde ántes; de la misma manera poco menos estaba el maestre, que se preciaba de piloto, y aquel mesmo dia blasonaba contra los marineros, diciéndoles, con juramento, que estaba más cerca de España que de la Habana; pero humillóle Dios con este trabajo, con el cual vino á entender y confesar que no sabia donde estaba. Viéndolos así el padre Comisario y considerando asimesmo el desconsuelo de todos, y el peligro muy grande en que estaban, cobró ánimo y levantóse de la cama donde iba enfermo; habló al maestre y al piloto y á los demás, con tales razones y persuasion, que hizo que el maestre y piloto comiesen y se alegrasen, y que todos quedasen consolados y muy aparejados para todo lo que Dios quisiese ordenar con ellos; luego el piloto miró bien y despacio la carta de marear, y halló que aquellas islas no eran las Tortugas (porque estas quedaban atras), sino unos isleos que están pegados con la tierra firme de la Florida, y que estaba la barca metida en una ensenada della llamada la Flonda, donde por ventura nadie, hasta entonces, habia entrado; sabido esto por cierto y averiguado, se comenzó á tratar como saldrían de allí, porque esto era necesario para salvar las vidas, pero muy dificultoso de hacer segun industria y fuerzas humanas, porque habia menester viento muy á propósito con que poder desandar mas de veinte leguas que aquel dia habian andado, y este viento se habia de aguardar por ventura muchos dias, hasta que Dios le

proveyese, y en la tardanza habia riesgo, porque ya se acababa el agua y leña, y casi no habia ya que comer, y si los indios caribes los descubrian los habian luego de venir á matar. Determinóse, pues, que luego otro dia por la mañana fuesen algunos marineros en la chalupa de la barca á una de aquellas islas, y trujesen leña y agua, si la hallaban, y que considerasen bien la isla para ver si se podia la barca arrimar á ella y saltar en tierra y esperar allí la misericordia de Dios, si se tardase el viento que era menester para salir de aquella ensenada; por otra parte sacaron cuatro arcabuces que llevaban, y los limpiaron y comenzaron á aderezar para poder espantar con ellos, y con la poca pólvora que habia, á los indios si viniesen. Determinado esto así, y estando los oficiales de la barca con ánimo y determinacion de echar, si fuese menester, la mercaderia en la mar, para que la barca se alejase, llegó la noche, en la cual estuvo la barca quieta y sosegada, sin dar vaivenes, como si estuviera sentada en el suelo, y los que en ella iban con quietud corporal, pero llenos de miedo y sin poder dormir, encomendándose á Dios y haciéndole nuevas promesas y votos. A la media noche comenzó á crecer el agua y el viento, y pareciéndole al piloto que era demasiado este crecimiento y que corria peligro la barca, porque no tenia mas de una amarra, mandó echar otra para mayor seguridad, y para ello y para ir luego por la mañana á la isla por agua y leña, como habia quedado tratado, hizo echar fuera la chalupa y que cuatro marineros tomasen en ella la ancla y cabre, y la echasen donde convenia; ellos lo hicieron así, y convínolos darse mucha priesa para no ahogarse, porque á mas andar se les iba á fondo la chalupa, que estaba toda rota y agu-

jereada, y, con no tardarse media hora, ya iba media de agua cuando volvieron con ella á bordo: aprovechó esta diligencia de echar el ancla, no siendo muy menester, porque se vió la falta tan grande que tenia la chalupa, en la cual, despues de Dios, tenian puesta su confianza todos cuando la barca se perdiese, y se remedió y aderezó muy bien al dia siguiente.

Miércoles nueve de Marzo, viendo nuestro Señor el peligro y afliccion de los de la barca y el peligro tan grande en que estaban, y cuán mal podian salir dél con sus trazas y trabajo, por mucho que en ello pusiesen, acudió con su misericordia al remedio de todos, y envióles, poquito antes que amaneciese, un ventecito blando y suave, muy á propósito, y el mesmo que ellos pedian para poder salir de aquella ensenada; diéronle gracias por tan singular beneficio y merced, y luego, sin perder tiempo, alzaron las anclas, ayudando para ello el padre Comisario y los demás religiosos, dieron velas, y largando el viento, fué Dios servido que desanduvieron en aquel dia lo que en el precedente habian andado, y que tornando á montar las mismas islas, y otras algunas más, salieron muy contentos y consolados de donde habian entrado muy tristes y afligidos. En aquella costa y en las demás de la Florida hay ballenas, de las cuales vieron dos los de la barca, aunque pequeñas; destas sale el ámbar gris, finísimo y muy preciado, cogenlo los indios de aquellas costas, y dellos lo rescatan los españoles por cuchillos, tijeras y hachuelas, y otras cosas de poco precio.

Jueves diez de Marzo corrió por la mañana viento Sur, no nada favorable, con el cual, aunque dió algunos bordos, ganó muy poca tierra; á la tarde calmó aquel

viento y ventó otro favorable, pero duró poco y cambiósese con brisa, con el cual corrió aquella noche y viernes todo el dia, siempre á la bolina por ser casi contrario: yendo desta manera, el mesmo viernes once de Marzo, poquito antes que el sol se pusiese, dia de San Gregorio Papa (á quien el padre Comisario y los demás frailes se habian muy encomendado), se descubrió una tierra muy alta, y, aunque fué muy de lejos, luego los marineros conocieron ser tierra de la Habana; quedaron todos admirados porque no sabian por dónde habian llegado allí, ni pensaban estar tan cerca de tierra, antes el maestre y piloto querian, poco antes que se descubriese, hacerse á la mar, y aun intentaban de desembocar por la canal de Bahama, sin tocar en la Habana, temiendo que allí se les habian de quedar los marineros que iban muy desgraciados con ellos; pero fuera esto género de desesperacion, porque ya no tenian leña ni qué comer ni qué beber. Dieron gracias los religiosos al Señor, luego en viendo la tierra, y habiendo dado la barca aquella noche algunos bordos, se hallaron á la mañana, sábado doce de Marzo, cerca de tierra, siete ó ocho leguas bajo del puerto de la Habana: hiciéronse á la mar, y dando bordos á una parte y á otra, por ser el viento contrario, tornaron al anochecer á llegarse á tierra, mas no pudieron tomar el puerto del cual estaban desviados poco más de dos leguas. Dióles aquella noche calma, que duró gran rato, y eclipsóse toda la luna por espacio de cuatro horas, y con lo uno y lo otro recibieron todos gran desconsuelo, pero mayor era ver que tenian el puerto á vista y tan cerca, y no le podian tomar. Tornó el mesmo viento brisa, y con él anduvieron toda aquella noche arando la mar y barloventeando con grandí-

simo trabajo de los marineros, los cuales en toda ella no durmieron ni aun descansaron un solo momento, y con esta diligencia se acercaron tanto á tierra, que las velas de la fortaleza, que estaban en la ribera á la lengua del agua, junto al puerto, los hablaron y les respondian, pero no fué posible tomar el puerto ni llegar donde pudiese estar la barca surta y con seguridad.

Domingo trece de Marzo, al amanecer, llegó la barca con sus bordos como un tiro de ballesta de la boca del puerto, y queriendo el piloto virar para dar otro bordo, con que pensaba entrar dentro, tomó la barca por avante, y él, mohino desto, hizo luego amainar todas las velas y dar fondo; acudió luego una canoa del puerto á ver qué gente iba en la barca, y saltó en ella un fraile de los nuestros y fué á tierra, y envió una barca que dió el alcaide de la fortaleza, en que se desembarco el padre Comisario y los demás religiosos, con el piloto y maestre y algunos pasajeros. Fué el padre Comisario derecho á su convento, donde fué muy bien recebido y hospedado, oyó misa, que no llevaba disposicion para decirla, y descansó aquel dia y otros algunos, que todo fué menester segun iba de fatigado de tan larga y tan trabajosa navegacion; acudieron luego á verle el gobernador de aquella isla y el alcaide de la fortaleza, los oficiales reales y capitanes de las galeras y de la gente de tierra, con los principales del pueblo, y los unos y los otros le hicieron mucha caridad y regalo todo el tiempo que allí estuvo, que fué hasta los cuatro de Julio de aquel año: predicó el padre Comisario al pueblo lo restante de aquella cuaresma, ayudándole fray Alonso de Prado y el augustino, con que toda la gente quedó muy consolada y edificada, y no poco aficionada á nuestro

hábito y convento y á las cosas del padre Comisario, y muy indignada contra los que así le trataban y perseguían.

*De la Isla de Cuba, pueblo y puerto de la Habana, y de como el maestre de la barca quiso tornar á embarcar al padre Comisario general.*

Luego, como el maestre de la barca llegó á la Habana, buscó velas y jarcias nuevas que ponerle, y halladas, con lo demás que habia menester para el viage tan largo que le quedaba, queriéndose ya hacer á la vela requirió al padre Comisario que se embarcase, en cumplimiento de la provision del Virey; pero él respondió de palabra lo que, por escrito, habia respondido al alcaide de la fortaleza de San Juan de Ulúa, con lo cual el dicho maestre y el capitán de la barca acudieron al gobernador de la Habana, y presentándole la provision sobredicha con todos los autos que cerca della se habian hecho, así en la Puebla como en San Juan de Ulúa, todos originales, pidió el cumplimiento della; el gobernador respondió, que si el padre Comisario general tenia que hacer en España cosas tocantes á su comision, y se hallaba con salud para ir allá, que fuese, si quisiese, porque él por fuerza no le compeleria á ello, así porque no hablaban con él aquellos recados, como por no ser juez del dicho padre Comisario si no el General de la orden y el Comisario general de Indias, que reside en córte, á quien podian acudir á pedir lo que les conviniese: notifi-

cóse esta respuesta al padre Comisario, el cual dijo que respondia lo que tenia respondido; y, con testimonio de todo esto, se hizo á la vela la barca á los veintiocho de Marzo, con otros dos ó tres navíos que tambien iban á España, quedándose en la Habana el padre Comisario y sus tres frailes y el augustino, despues de haber con aquellos navíos escrito á los prelados de la orden, y al Rey y su consejo, lo que pasaba, y contó tenia propósito de pasar desde allí á la provincia de Yucatan; y aunque la barca arribó á Puerto Rico, llegó á España once dias antes que saliese la flota para la Nueva España, segun despues se supo.

Cae la Habana en la Isla de Cuba, la cual dista de la Española doce leguas: es esta Isla de Cuba de las mayores que hay, tiene mas de doscientas leguas de largo, y no es muy ancha, porque por algunas partes no tiene de ancho mas de cinco leguas, por otras tiene diez y por otras treinta, y por otras muchas más; hay en ella Obispo, el cual lo es tambien de la Florida y de Jamaica, y es sufragáneo al Arzobispo de Santo Domingo; hay tambien en esta isla un gobernador proveido de España y sujeto á la audiencia real de Santo Domingo. Toda ella es tierra calurosísima, aunque muy sana y en que, segun dicen, no se halla culebra ninguna ni otro animal ponzoñoso; no se coge en ella trigo ni cebada, ni se come pan de trigo de Castilla, sino muy poco de la harina, que se lleva de la Nueva España, el pan ordinario de aquella tierra, se llama cazabe, y son unas tortas muy grandes, mas ó ménos gruesas, hechas de las raices de unas matas que se dicen yuca, y es pan muy seco y desabrido, y aun enfermo para los que desde chicos no se crían con ello, y aun es menester tener